

Carta de Teano de Crotona a Eubule

¡Salud!

Oigo decir que educas a tus hijos en una vida muelle. Sin embargo lo propio de una buena madre no es atender al placer de sus hijos, sino encaminarlos a la moderación.

Vigila pues que no hagas la tarea de quien ama, sino de quien adula, ya que cuando el placer se inmiscuye en la educación de los niños los hace indisciplinados. ¿Qué hay de más agradable para los jóvenes sino los hábitos del placer?

Es necesario, por lo tanto, querida, que la crianza de los niños no se convierta en una mala educación. La molicie es distorsión de la naturaleza cuando los niños se tornan amantes del placer en sus almas y de la sensualidad en sus cuerpos, de modo que rehúyen el esfuerzo del alma y son demasiado delicados de cuerpo. Es necesario asimismo que las niños que se educan se habitúen a cosas que les dan miedo, aunque debas disgustarlos o afligirlos, para que no sean esclavos de sus sentimientos, deseosos de placer y reacios al esfuerzo, sino para que respeten lo que es bueno por encima de todo, se aparten del placer y soporten el dolor. Que no queden hartos de alimentos, ni complacidos en todos los placeres, pues esto es causa de completa indisciplinación en los niños, ni debe permitírseles decirlo y probarlo todo, especialmente si te inquietas cada vez que lloran, y te alegras cuando ríen, y sonríes con indulgencia aunque peguen a la nodriza o te digan palabras groseras. Tampoco debes esforzarte en proporcionarles frescor en verano y excesivo calor en invierno, ni en tratarles con demasiada delicadeza.

Los niños pobres no disfrutaban de nada de esto, y aun así se crían fácilmente, no crecen menos y son, con mucho, más fuertes.

Pero tu crías a tus hijos como si fueran retoños de Sardanápalo, y con los placeres debilitas su fuerza viril. Pues ¿qué es lo que se puede hacer de un niño que, si no le traen pronto de comer, llora, y cuando come, busca el deleite de las golosinas; que si hace calor, desfallece, y si hace frío, tiembla; que si alguien le riñe, planta cara; y si nadie le ayuda a obtener lo que le place, se entristece; que, si no mastica algo, muestra mal humor; que malgasta el tiempo en pos del placer, y, dando vueltas en torno a él, acaba por hundirse en el desenfreno?

Cuida, pues, querida -sabiendo que los niños que viven en el lujo, cuando se hacen hombres se convierten en esclavos- de privarles de tales placeres, dándoles así una educación austera en lugar de muelle; permíteles soportar el hambre y la sed, el frío y el calor, así como la vergüenza que puedan causarles sus compañeros o sus vigilantes. De este modo será posible que tus hijos alcancen a ser nobles de alma, tanto si están en tensión como relajados. Pues los esfuerzos, querida, son para los niños como mordientes que les empujan a perfeccionar su virtud; y si se sumergen en ellos suficientemente, adquieren el tinte de la virtud de la manera más adecuada. Vigila, pues, amiga mía, que, al igual que de las viñas mal cuidadas se obtienen frutos deficientes, tus hijos, a causa de la molicie, no produzcan los malos frutos de la desmesura y de una gran inutilidad.

Que lo pases bien.

Extraída de: Mercedes Gutiérrez, Montserrat Jufresa, Cristina Mier y Félix Pardo (1996), "Teano de Crotona", en *Enraonar* 26, p. 95-108